

El Arte

Revista hebdomadaria.

Director: Pelayo Vizcete

Núm. 37. 16 de Septiembre de 1899. Año I.

Kaleidoscopio de la vida.

EL MALO

Chiquitines los dos, y preciosos como dos amores.

Chiquitines, pero con infulas ya de personas mayores.

Eran primos y parecían hermanos.

—¿Quién defiende á Juanita?—se preguntaba al mayor.

—Juanito—contestaba la chicuela.

—¿Y quién quiere á Juanito?

—Juanita—replicaba con orgullo el imberbe Tenorio.

Cuanto más crecían, más se querían. Los padres veían aumentar el cariño de sus hijos, soñando ya con un porvenir de unión y amor que hiciera de los dos ranchos uno solo, y de la nueva generación un reflejo aumentado de lo que era la de ellos.

La primavera hizo de los retoños dos bellos botones de rosa. El verano entreabrió sus primeras delicadas hojas.

Ya había entonces matices de pasión. Palideces en el muchacho, rápidas ráfagas de orgullo, varoniles arremetidas que probaban su temple de raza. En la muchacha, inexplicables timideces, rubores involuntarios, cariños que ya tenían fondo de amor.

Llegó el otoño.

Las lluvias anegaban de vez en cuando los campos. El verde desaparecía; vino el amarillo sucio de los árboles que tanto entristece el alma. El sol huía ante las nubes cargadas de agua... Así huían los colores del rostro de Juanita.

Comenzaron los fríos.

El rosado tinte de la muchacha palidecía á veces. Sus ojos ya no reflejaban vida. Eran como un espejo de tristeza.

¿Qué sucedía?

¿Acaso el principio de un mal?

Juanito sospechaba algo. En su imaginación, ya briosa, pero todavía infantil, se presentaba un problema.

—¿Quién hacía sufrir á su Juanita?

Buscaba al malo. Lo encontraría. Le hablaría al corazón para que dejara tranquila á la *nená*. Lloraría si era preciso. Estaba seguro que le convencería... Pero ¿quién era? Preguntaba y le contestaban con indescifrables respuestas, entre las que sospechaba una grande y aterradora desgracia.

Llegó el invierno.

Con la primera helada, entró al rancho un hombre vestido de negro, feo, serio, antipático. Juanito le vió.

—¿Sería ese el malo?

Vino dos ó tres veces, hasta que una mañana grandes gritos estallaron en el cuarto de la *nená*. Lloraban las mujeres; los hombres caminaban apurados con los ojos enrojecidos.

¿Qué le pasaría á Juanita?

El muchacho se lanzó al cuarto. En la puerta estaba su padre.

—No entres, criatura.

—¿Y la *nená*? Yo quiero ver á la *nená*.

—La *nená* ha muerto. Ya no está.

Juanito abrió sus grandes ojos asustado.—¡Ha muerto!... ¡Ya no está!... ¿Dónde se fué? ¿Quién la llevó?

Lloró con gruesas lágrimas para que le dejaran entrar. El padre le dió la mano y le acompañó al lado de la camita. Allí estaba acostada, muy pálida, muy seria.

—Dale un beso.

Juanito miró á la *nená*; miró también á los que la rodeaban. Vió al hombre vestido de negro, y un profundo temor se manifestó en su cara. Un temor acompañado de cólera.

—El malo, tataita; ¡ahí está el malo! Es el que se lleva á la *nená*. No quiero que se la lleve. ¡No quiero!

Y antes que nadie tuviera tiempo de sujetarlo, se desprendió de la mano de su padre, lanzándose sobre el hombre vestido de negro, al que atropelló intentando pegarle en la cara.

El susto venció á la cólera. Retrocedió bamboleante. Se agarró á las piernas del padre, y en una suprema angustia de terror gritó una vez todavía:

—¡El malo! papaito; ¡el malo!

Alejandro Ghigliani

Palabras.

Tras las montañas de azulados tonos,
Que entre la bruma de Occidente agachan
Sus pardas crestas de inclinadas rocas,
Febo se esconde con miedosa planta.

Su rubio jaco, voluptuosa al viento,
Da en su carrera la su crin dorada,
Pintando el cielo, en su obligada fuga,
De rojo y de oro, de violeta y nácar.

Al dulce beso de marinas brisas,
Blando susurro de los bosques mana;
Céfiro allí con la hojarasca juega,
Ayes la flor á su contacto exhala.

Allá, muy lejos, donde tierra y cielo
En fuerte abrazo al parecer se hermanan,
Luce la Luna, y con nevada diestra
Siembra la mar de reluciente plata.

Vuelve el jilguero á su adorado nido;
Y en la inmensa techumbre y solitaria
Del firmamento, á titilar comienzan
Rojos luceros que la esfera esmaltan.

Todo está en calma. En las pintadas flores...
Y basta ya, que con mi ciencia escasa,
Para decir que anohecia creo
Que inútil es tan enojosa farsa.

Pues bien, lector, anohecia en tanto;
Yo, que asomado á mi balcón me hallaba,
Con mano fuerte y decidido empeño
Cerré los vidrios y me fui á la cama.

¿Dices que nada, en cuanto he dicho, dije?
¡Bien lo comprendo! Pero ¿cuántos fama
De inteligentes y poetas tienen
Que escriben mucho y nunca dicen nada?

F. Forto Rey

MI OPINIÓN



¿Conque quieres, Ricardo, que de tu drama los defectos exponga sucintamente, y te diga qué opino sobre la trama y diga si concluye racionalmente? Que á mi me lo preguntes es gran simpleza; pero yo te contesto por ser amigo, aunque nadie me quita de la cabeza que has de hacer caso omiso de lo que digo. Si á los hombres los juzgan por sus acciones, y por ellas tenemos juicios exactos, no han de ser nunca buenas las opiniones si te juzgan amigo por esos *actos*. Tiene el drama tres de ellos; pero aseguro que si quieres librarte de alguna grito, y deseas que el drama venga seguro, le quites los tres actos á tu dramita. Que tu drama está falto de caracteres, pensamientos y... lilas; y no te asombres, las mujeres del drama no son mujeres, ni los hombres aquellos resultan hombres. Mi opinión es que el drama no tiene nudo, encuentro el desenlace rápido y feo; exposición si tiene, yo no lo dudo... pues no será difícil que haya pateo. La verdad me rogas e que te dijera: ¡bien! Tus obras carecen de maestría; si mi opinión no fuese franca... sincera, de gran maestro... de *obras* te tacharía. Guarda el drama, Ricardo, que no es capricho; Me pediste un consejo... ¡ya te lo he dado! Si acaso te incomodas por lo que he dicho, no me des mas dramitas... y terminado. Insúltame si quieres, y ponte fiero; de palabra amenaza, razón te sobra; pero si es de palabra, yo lo prefiero... que es peor la amenaza... cuando es de *obra*.

En la mesa del café.

—Reconozco después de haber escuchado la historia de tu vida, que la sociedad ha sido más injusta contigo que conmigo. La muerte de tus amores más puros ha sido más trágica y más espantosa que la de los míos; pero nunca te puedo conceder que hayas sentido más hondamente el dolor que yo. Aún guarda tu corazón gérmenes de esperanza, porque hay en ti algo misterioso que te dice al oído en las horas de nostalgia, de aburrimiento ó desesperación: «Aguarda, aún no terminó para tí el placer, espera.» A mí, todo al contrario, constantemente esa misma voz me repite: «No esperes, tu corazón está seco; en él jamás volverá á florecer el deseo purísimo y levantado de ninguna pasión noble. Sólo sentirás obrar á la materia. Tu cuerpo se estremecerá de placer cuando te acaricien los brazos de una mujer, cuando sus labios te besen, produciéndose entonces en tí el espasmo sensual que embrutece y hace después que te mires con asco, queriendo separar de tí la *caruaza*, el barro inmundo que viste tu cuerpo para envilecerlo.... «No esperes, tu corazón está seco, en él jamás volverá á florecer el deseo purísimo y levantado de ninguna pasión noble!...» Y, ya ves, por eso, sólo por eso que acabo de explicarte, voy á matarme. Dicen que es una cobardía, que sólo las alma débiles para la lucha lo hacen... Cuestión de apreciaciones. Yo juzgo las cosas al revés; me parece más cobarde y más indigno arrastrar esta existencia inútil para todos, y más aún para mí...

Aquí hizo mi amigo una pausa; me miró como interrogándome, y yo, sin contestarle, me llevé á los labios la copa de ron que tenía delante y la apuré de un sorbo.

La fuerza de la bebida ó la impresión quizá de su relato, hicieron asomar á mis pupilas dos gruesas lágrimas. Volví, sin saber por qué, la cabeza, y con el dorso de la mano limpié aquél llanto involuntario. Después me repuse y clavé los ojos en los de mi amigo que me habían seguido en aquellos momentos, y los encontré mudos, sombríos, fátos de toda expresión...

Salimos, por fin, del café sin haber cambiado una palabra desde que me reveló su pensamiento.

Era muy tarde. En la puerta ya, me tendió la mano.

—¡Adiós!

—¿Nos veremos?

—Mientras vivamos en el mundo. Ya no me suicido.

—¿No?

—No; he visto en tus ojos el llanto. Mi vida es tuya, y tengo que conservarla, aun cuando no sea más que como agradecimiento, como gratitud á tu cariño.

Y apretándonos aún la mano, me echó el brazo al hombro diciéndome en voz baja:

—¡Se piensan unas cosas...!

José Trilarne

FUEGO Y CENIZA

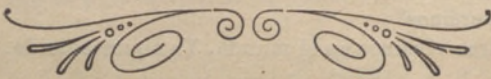
X

(Allí pasa: ¡Dios mio, cuán hermosa,
cuán hechicera va!
¡Qué bien luce en su pelo aquella rosa!...
¿Si no me mirará?
Se acerca, y al cruzar podré en su oído...
¡Ah! por fin, ya me vió;
¡de qué modo más dulce ha sonreído
al saludarla yo!)

XX

(Yo conozco esa cara... sí, no hay duda...
¡Vaya! pues si es... ¡cabal!
Y vistiendo de luto... ¿será viuda?...
Si así es, no libré mal.
Me vió: mano al sombrero; es un debido
homenaje al ayer.
¡Qué fea y vieja está!... ¿Cómo he podido
amar á esa mujer?...)

Alberto Lardies



La última calaverada.



Acababa de vibrar en el espacio la última campanada del reloj.

—Las doce—murmuró D. Juan dejándose caer pesadamente en un amplio sillón de baqueta, colocado junto á la chimenea de su gabinete.—¡Qué temprano es!... y, ¡qué tarde! ¡Si yo pudiera dormir! Pero, no; el sueño huye de mí, me abandona... Sólo al rayar el día, cuando la humanidad se despierta y comienzan sus tareas todos los que valen, los que hacen algo, los que producen, es cuando se acuerda de mí para sumirme en un sopor letárgico, que me cansa y enerva más que si velase continuamente... ¡Pobre D. Juan! ¡Qué desgraciado soy! Amigos, ya no me quedan; pues saben que mi fortuna se ha reducido á su más mínima expresión; que me falta la alegría y el ingenio de antaño; que en mi trato ya no hay ningún atractivo... ¡Las mujeres! ¿A qué pensar en ellas? Me han arrinconado como un mueble viejo, como un trasto inútil que para nada sirve... Mis canas y mis achaques las asustan... Me tienen asco... Antes no era así... Tenía amigos que me rodeaban de continuo, jaleando mis éxitos, mis originalidades, mis caprichos; que me seguían á donde fuera y me obedecían como si fuera un señor... Las mujeres me adoraban y se entregaban á mí, dulcemente, como el lirio se dobla al huracán... Se embriagaban con mis miradas y se adormecían en amoroso éxtasis, al influjo de mis palabras llenas de mimosería y caricias... Mis triunfos se esparcían por el mundo llenándome de gloria y de celebridad, malsanas acaso, pero siempre apetitosas y sugestivas. Me temían los padres y me aborrecían los maridos... Me rodeaba una aureola de rencores y de odios... Pero, lo mismo en el aristocrático palacio que en la modesta casucha del artesano, me conocían; y ellos y ellas pronunciaban mi nombre con miedo, con respeto, con la veneración, por decirlo así, que da sobre la masa del vulgo el genio del mal ó del bien de uno de sus individuos... y, secretamente, en su interior, no había hombre que no me envidiara ni mujer que dejase de soñar placenteramente que se dormía en mis brazos al arrullo de una cantilena de amor... ¡Era D. Juan! ¡Don Juan en todo el apogeo de su gloria! ¡Don Juan dominando al mundo con el amor y la belleza, la alegría y la juventud; fuentes las más grandes de poder y grandeza!

Todo eso ha pasado... Ya no soy nada, ni nada valgo... He muerto para el mundo, y el mundo me olvida, escarneciéndome y despreciándome en unos cuantos infelices, faltos de gracia y

de meollo, que me remedan desdichadamente... ¡Esa es mi obra!
¡Pobres ilusos, que queriendo, cual yo, burlar á la humanidad,
son ellos los burlados!...

(El reloj da la una.)

¡La una! ¡Domingo de Carnaval! Noche de baile... ¡Qué recuerdos vienen á mi memoria, excitando mis nervios y desperezando mi adormecida carne! Un aire de juventud envuelve mi cuerpo... ¡Sí! ¡Ya soy otro! ¡El D. Juan de marras! ¡Al baile! ¿Y por qué no? ¡Ea, al baile! Al baile por última vez...

* * *

En un baile de máscaras del teatro Real.

Don Juan, en un palco, sentado tras los cortinones que casi por completo le quitan la vista de la sala. A su lado, una máscara vestida con un amplio ropón de terciopelo negro, en el que están bordadas en plata calaveras, relojes de arena, fémures, tibias y otras figuras atributos de la muerte. La orquesta preludia un wals lento.

MÁSCARA.—¡Qué solo estás, Don Juan!

DON JUAN.—Te engañas. En mi alma llevo el recuerdo de todas las mujeres que he amado. ¿Qué más compañía?

MÁSCARA.—Ese recuerdo es una mentira. Don Juan ama y olvida.

DON JUAN.—Amas; tú no me dejas, tú me eres fiel.

MÁSCARA.—¡Mentecato! Soy mujer, y como tal, inconstante. Te he preferido esta noche porque, á pesar de todo, siempre llevamos en nuestro espíritu algo de caridad y de abnegación... Estás solo y quiero acompañarte; no quiero que mueras de fastidio, la más horrible de las muertes.

DON JUAN.—Notemo á la muerte; lo que me asusta es la vida...

MÁSCARA.—¿Cómo quieres morir, D. Juan?

DON JUAN.—Como he vivido... Amando.

MÁSCARA.—Eres un loco impenitente.

DON JUAN.—¡Debe de ser tan dulce pasar á la nada, en brazos de una mujer hermosa! Tú... por ejemplo.

MÁSCARA.—¿Sabes que soy hermosa?

DON JUAN.—Sí; lo leo en tus ojos brillantes y juguetones, y en tu cuerpo brioso y gallardo... ¡Quitate el antifaz!

MÁSCARA.—¿Para qué? Sigue creyendo en mi hermosura. ¿Y si fuera fea, horrible, asquerosa como la muerte?

DON JUAN.—Tienes razón. Conserva ese trapajo.

MÁSCARA.—Ámame así, y quedo satisfecha.

DON JUAN.—¿Quién eres?

MÁSCARA.—¿Qué te importa? ¿Me amas tú?

DON JUAN.—¡Oh, sí! Te amo como no he amado nunca; como el que no sabe lo que es amar... Con desesperación, con rabia...

MÁSCARA.—(*Riendo.*) La rabia del último amor.

DON JUAN.—Ya me echas en cara mi vejez. ¡Eres como todas...!

MÁSCARA.—Me calumnias... No soy como todas; no te engaño... Con franqueza, D. Juan, te odio y te amo...

DON JUAN.—No, ódiame... ¡Odíame sólo!

MÁSCARA.—Te odio como mujer porque me dominas, y te amo como hembra porque... Te amo también porque soy como tú una infeliz... He sido amada con pasión, con locura... A mis pies han caído los hombres más ricos, de más talento, más linajudos, mendicando una limosna de amor... Los he hecho felices un año, un día, una hora... Pero hoy... hoy, mis carnes son blandas y rugosas; mi cuerpo se inclina hacia la tierra; mi rostro ajado y marchito revela el cansancio de la vida... Mi alegría huyó para siempre... Ya las mujeres no me envidian ni los hombres me desean... Por eso te he buscado, por eso me tienes aquí, por eso soy tuya... Y al igual que tú me refugio en este amor postrero, como tabla de salvación en que confía mi alma escéptica y desesperada...

DON JUAN.—¿Eres...?

MÁSCARA.—Lo que tú. ¡Somos los dioses del amor...!

DON JUAN.—(*Sonriendo tristemente.*) Sí; dioses caídos!..

MÁSCARA.—Déjate ya de filosofías... Volvamos á ser jóvenes... (*Enlazando su brazo con el de él y sacándole del palco.*) ¡Anda; llévame á cenar!

*
* *

Don Juan y su pareja acaban de salir del *restaurant* de... donde han cenado. Ella trae quitado el antifaz.

Sus rostros envejecidos y fatigados, llenos de arrugas y cubiertos de afeites y pomadas, los colorea pálidamente la luz de la mañana, haciéndolos más repulsivos de lo que por sí son. Se quedan mirándose el uno al otro: en sus ojos se lee el asombro y la estupefacción. Mentira les parece que hayan podido amarse ni por un instante...

—Mesalina—grita D. Juan—¡Me das asco!

—Don Juan—replica ella—¡Te desprecio!

Y horrorizados de sí mismos y de aquella su última calaverada, se alejan precipitadamente en sentido contrario...

Agustín García Cano

RÁPIDA

En el pueblo la llamaban Pilar *la fea*. Y en verdad que lo era. La Naturaleza se había mostrado inhumana con ella, y no le concedió los dones de belleza que suelen caracterizar al sexo femenino. No es que fuera horrible, sino poco agraciada, aunque amable en el trato y de simpático aspecto. Yo, entonces joven, la conocía, y sabedor de que á ella le disgustaba que le señalaran este defecto físico, esperaba, escondido en un portalón, á que ella pasara para ir á la fuente, y cuando, con el cántaro al brazo, la veía, salía de mi escondite, y

—¡Adiós, fea!—le decía.

Ella, con el despecho, y aun la ira en su corazón, se mordía los labios, y marchaba calle abajo sin decir palabra.

*
* * *

Una noche—hace ya de esto cinco ó seis años—me hallaba en el teatro de *** Levantóse el telón y comenzó el espectáculo. Era el número de actualidad. Pisó el escenario una *divette*—cuya aparición fué saludada con estruendosos aplausos,—que, con armoniosa y fresca voz, cantaba una de las *chansonnettes* más populares.

Miré con los gemelos, y mi sorpresa no tuvo límites... Era ella, Pilar *la fea*, la muchachuela del pueblo, aquélla de quien yo, en más de una ocasión, hice burla...

Miré de nuevo... No me equivocaba. Creo hasta que, reconociéndome, me miró con descaro; y continuó el baile, mostrando impúdica y desvergonzadamente sus formas...

Cuando bajó el telón, me dirigí á su cuarto... Y la vi, sin poder ocultar mi asombro ante la certeza... Allí estaba deslumbrante, *hermosísima*—aunque de ello se encargara el bermellón, los polvos y demás menjurjes,—rodeada de una corte de pisa-verdes *admiradores*. Su tocador, lleno de ramos de flores, demostraba los innumerables *amigos* con que contaba...

Huí de aquel ambiente que me ahogaba; y cuando en el teatro ó en el café oía á alguno que, ponderando su hermosura, la llamaba *bella*, y los carteles y periódicos anunciaban asimismo *la hermosa Pilar*, sentía mucha lástima hacia ella, porque ¡cuánto más valía que en vez de llamarla *hermosa* en la corte, continuaran motejándola de *fea* en el pueblo!...

Emiliano Ramírez

Aviso.

Según nos comunica uno de nuestros abonados, parece que el artículo *Mimí*, firmado por D. César Pueyo y publicado en el número 35 de EL ARTE, lo ha tomado dicho señor de una obra francesa.

Fiamos siempre en la buena fe del escritor, pues no es posible que conozcamos todo lo que se publica en todas partes; y en casos parecidos, no podemos hacer otra cosa que lamentar hondamente que algunos señores nos sorprendan de ese modo, que muestra su falta de originalidad é inventiva y que contribuye indudablemente al descrédito de su buen nombre.



Clarón.—No acierta usted con los versos. Y bien sabe Dios que deseo servirle de bonísima gana.

M. R.—Algunas sirven.

S. A. R.—Saldrá algo. Cuide usted mucho la métrica.

R. A. C.—No me gusta. Tenemos dibujantes: gracias.

A. B.—Sirve. Debe usted procurar que los versos de una estrofa no asonanten con los de la anterior ó la siguiente: es de muy mal efecto.

E. A. C.—Los he leído con atención, como todo lo que recibo; pero en lo de usted no hallo nada que me sirva.

P. M. E.—La composición es muy floja. Ya sabrá usted por el Administrador que los sellos no llegaron. ¡Bromas de Correos!

M. M. R.—*J. P. M.*—*L. A.*—*F. C. C.*—*L. C. y N.*—*E. M.*—*G. D. L.*—*J. J. G. R.*—*A. G. y P.*—*P. M. G.*—*X. de M.*—*F. C. A. L.*—*El Intérprete.*—*G. C. F.*—*R. M. M.*—

A. C. y R.—*C. M. y L.*—No puedo aprovechar nada

A. R.—*E. C.*—*A. G. C.*—Se publicará algo de ustedes.

C. R. D.—*F. C.*—Astorga.—Admitidas.

E. F. y G.—*La mariposa y La guitarra*, saldrán

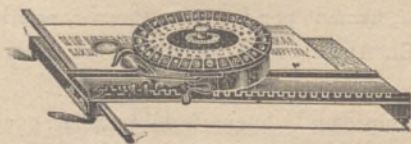
E. T.—*E. de C.*—*J. Z.*—*J. de B. y M.*—Admitidas.

Nelson.—Extensísimo: redúzcalo usted.

E. M.—*R. de L.*—Aprovecharé alguna cosa.

L. F.—*El Estudiante de Salamanca* terminó en el número 30. Pero ¿no se ha enterado usted todavía?

UNA MARAVILLA DE LA INDUSTRIA
MAQUINA FIN DE SIGLO
PARA ESCRIBIR



Diseño de la máquina.

¡15 PESETAS UNA!

Invento útil * Recreativo * Instructivo * Económico.



Estas nuevas máquinas para escribir contienen 84 letras, cifras y signos de puntuación, pudiéndose escribir con ellas toda clase de documentos, hasta el tamaño de papel comercial.

Su fabricación es irreprochable y su mecanismo es tan sencillo y sólido, que hasta un niño de corta edad puede escribir fácilmente, apareciendo el escrito muy claro y limpio.

Pídanse prospectos y muestras del escrito, al

DEPOSITARIO EXCLUSIVO:

LUIS VILASAU,

Calle Amargós, núm. 18,

BARCELONA

Centro de suscripciones á "El Arte."